

Más Listo Que El Hambre

Mi amigo el Gnomo



Más Listo Que El Hambre

Mi amigo el gnomo

José Macías

Esta primera edición publicada en 2020 por
Copyright©2020 José Macías
Todos los derechos reservados.

Contenido

Presentación : Mi amigo

Introducción: Historia de Valle Seco

El tonel de estrellas. Cuidando la tierra

Conviviendo con Sélem

La lamparita, la chimenea y la poción mágica

**De cómo los gnomos perciben los grandes secretos del Universo a través de las plantas
según Más Listo Que El Hambre**

Presentación : Mi amigo

Eran aproximadamente las 8 de la tarde y decidí que era hora de dar por terminada la lectura de ese día. Mientras recogía con esmero los libros de mi escritorio, pude observar como mi amigo leía extasiado en el aire de la habitación los pensamientos llenos de calor que aquel día de lectura nos había deparado.

–Buenas noches –me despedí.

Mi amigo nunca contestaba, pues para él no existía la noche como para nosotros los humanos. Decía que él nunca dormía, siempre estaba despierto, así que no tenía ningún sentido contestar. También yo lo entendía así, pero a pesar de esto me causaba gran placer despedirme de él hasta el día siguiente.

– ¿Adónde vas tan temprano? –me replicó inmediatamente viendo que ya abría la puerta para marcharme.

–Voy a bañar y a jugar con mi hijita, puedes venir si quieres.

–No, sabes que me gusta quedarme aquí hasta medianoche.

–Me parece bien, hasta mañana.

– ¿No prendes la chimenea? –la cara de mi amigo se enrojecía por momentos.

–No, hoy comienza el verano y sería un desperdicio quemar leña en este tiempo.

Noté como se hundía en el sillón como si su cuerpo inmaterial y delicado estuviera hecho de mismísima madera.

– ¿Y la lamparita, no la enciendes? –dijo con una voz tan quebrada que me hizo dudar por un momento.

–No, amigo mío; en este país, a esta hora, aún es de día.

– ¡Amigo mío!... –dijo para sí, muy bajito, mitad sarcástico y mitad penoso.

–Adiós –me despedí sorprendido de su actitud. Nunca le había visto así, al menos por nada, y no hacía mucho sus ojos brillaban con la inocencia y la alegría de un niño.

Bañé y jugué con mi hija mientras mi mujer condimentaba con cariño su comida. Después que Carmencita –mi hija– hubo cenado, salimos los tres juntos a ver como se ponía el sol detrás de los montes que lindaban el valle, mi valle. Yo amaba profundamente a mi hijita, y no existía nadie quien pudiera inspirarme tan tierno amor, nadie... exceptuando a mi amiguito, y para entonces ya sabía qué era lo que estaba sucediendo.

Más Listo Que El Hambre

Me lo encontré como lo dejé; hundido en el sillón, pensativo, con la cabeza gacha y mirando al suelo, como no queriendo ver los pensamientos que flotando en el aire hablaban del cielo y de los hombres, y del mundo maravilloso en el que él vivía.

Tan pensativo estaba que no se percató de mi presencia, hasta que...

–Hola de nuevo, te voy a encender la lamparita pues se está haciendo de noche y no quiero que te sientas solo.

De pronto, sorprendido, me miró, su cara en un segundo se llenó de alegría, de un salto se situó frente a mí, y danzando en rededor mío no dejaba de gritar lleno de felicidad: ¡Ahora a mí también me importa! ¡Ahora a mí también me importa!

Exultante se sentó de nuevo, y haciendo un esfuerzo de concentración se puso a cavilar, como si no hubiera pasado nada, sobre aquello que esa tarde habíamos tratado.

Satisfecho disponía a irme, cuando a mis espaldas, una dulce voz...

–Buenas noches, Sélem.

–Buenas noches, mi pequeño amigo –le contesté.

Introducción: Historia de Valle Seco

Érase una vez, no hace muchos años –pues esta historia es muy reciente– en un país cálido, muy caluroso en verano, existía un valle: Valle Seco era su nombre. En él hacía décadas que no crecía nada, pero no siempre fue así. En otro tiempo, y vuestros padres y abuelos pueden dar fe de ello, crecían en él todo tipo de hortalizas: lechugas, tomates, pimientos, para hacer una suculenta ensalada; y cereales: trigo para hacer pan y cebada para alimentar al ganado. Valle Florido era su antiguo nombre.

Tan floreciente era aquel valle que algunos hombres se empeñaron en sacarle el máximo provecho. Lo compraron y, como les había costado tanto dinero, decidieron que ninguna planta que no fuera la que ellos querían debía crecer en él, y que ningún animalito que no les agradase, por pequeño que fuera, debía vivir en él. Así fue como compraron todo tipo de líquidos hechos por químicos muy sofisticados para matar a todos los bichos y a todas las hierbas silvestres. *"No queremos –decían– que nadie se alimente de nuestro dinero"*.

Y los primeros años desde luego que fue así, pero no mataron a todas las orugas, ni a todos los caracoles, ni a todas las moscas y hormigas. Unos pocos de cada especie, los más fuertes, encogidos por la profunda pena de ver morir envenenados a sus congéneres, decidieron sobrevivir en memoria de sus hermanos, como hacen también los humanos en casos semejantes; y para que el recuerdo de su especie no fuera olvidado, como tributo y sacrificio tomaron la determinación de asimilar en sus cuerpos, como agua de lluvia, el veneno que aquellos hombres echaban sobre ellos. Las orugas color carne se tornaron rojas por dentro como rojo era el líquido específico para matarlas a ellas y sólo a ellas, y los blancos caracoles se volvieron verdes, como verde era el sofisticado insecticida que los quería exterminar. A su vez, tuvieron hijos que conformaron su ser con la misma materia que sus padres habían asimilado, y aunque ciertamente nacían menos y vivían menos tiempo, eran diez veces más voraces, pues el veneno les ardía por dentro. No buscaban el sabor ni llenar sus estómagos, querían calmar su sed, el dolor que recorría sus entrañas. Y en verdad os digo que otra vez muchos animalitos murieron, pero cada vez eran más aquellos que decidían sobrevivir vivificando en ellos el sacrificio de sus primeros padres, porque ellos en el fondo de su corazón no querían vivir esa vida tan menesterosa.

Tampoco lograron acabar con todas las semillas de las hierbas silvestres. Los gnomos, seres extremadamente inteligentes que viven en las raíces de las plantas, sofocados por tanto veneno mata-hierbas en la tierra, las indujeron a crecer menos hacia lo alto, mirando al cielo, y más hacia lo bajo, mirando a la tierra. Así, las antes altivas plantas salvajes se volvieron más pequeñas, pero con unas raíces más profundas donde no llegaba el veneno, retenido en las primeras capas de la tierra.

Más Listo Que El Hambre

Los gnomos, duendecillos de la Naturaleza que ayudan a las plantas, y los pequeños seres que les ayudan, mucho tuvieron que ver con que los animalitos decidieran sobrevivir, pues los apoyaban con todas sus fuerzas, y ellos son tan perspicaces como sabios, sienten la tierra como tú y yo sentimos los más grandes sentimientos. Como tú y yo amamos a nuestras madres así aman ellos a la tierra, y la tierra del valle dijo: *"Basta, ya no puedo más"*, y los gnomos replicaron: *"Basta, la amada tierra no aguanta más"*.

Los dueños del valle, viendo que los tomates y las lechugas crecían cada vez más pequeños, echaban más y más abono químico queriendo engordar sus plantas como se engorda a una vaca con pienso, pues verdaderamente no distinguían entre una vaca y una lechuga. Pero la tierra ya no tenía fuerzas para asimilar tanto abono químico –que en el fondo no es de su agrado–. ¡Si les hubieran preguntado a los gnomos! Ellos sí que saben lo que le agrada a la tierra y hace vivir a las plantas. Pero como no creían en ellos, no les preguntaron.

En un último intento voltearon sin ningún respeto la tierra, de tal manera que las capas más profundas que no estaban gastadas –allí donde tenían sus raíces las plantas salvajes– las sacaron a la superficie, y la capa de tierra donde crece la hierba, la enterraron en las profundidades.

Al cabo de pocos años, tanto la tierra profunda como la más superficial estaban sin fuerzas, como un animal enfermo que no puede respirar; y los gnomos del valle que lo sabían todo se negaron a colaborar más con esos hombres.

–*"Si quieren un desierto, ¡lo tendrán"* –dijo el jefe de los gnomos–. *"Aquí ya no crecerán ni lechugas, ni tomates, ni plantas silvestres; las orugas y caracoles que queden se irán, tampoco las mariposas y abejas querrán saber nada; y nosotros todos también nos marcharemos"*.

Se marcharon, y así fue como Valle Florido empezó a ser conocido como Valle Seco.

El tonel de estrellas. Cuidando la tierra

Pero... ¿Qué es lo que ven mis ojos? ¡Mirad, ahí arriba! Ese hombre que observa Valle Seco, el que camina por la cornisa, ¡ya baja! Sus ropas están gastadas, pues ha invertido todos sus ahorros en comprar Valle Seco, que como podéis imaginar lo ha adquirido a buen precio. Su nombre es Sélem.

Hace poco que se ha casado. El padre de Sélem, como regalo de bodas, dio a su hijo algo de dinero, ahorrado con gran sacrificio, y le aconsejó:

–*“Utiliza bien este dinero y nunca perjudiques a tus semejantes”.*

Es por esto por lo que Sélem compró Valle Seco, por esto y por el profundo amor que sentía por Alma, su esposa, pues no quería ganarse el pan con algo de lo que ella no pudiera sentirse orgullosa. Quería darle lo mejor de sí mismo.

El padre de Sélem había sido agricultor, un buen agricultor. Desde muy pequeños les había infundido a sus hijos un profundo amor por la Naturaleza, y les hablaba de los diminutos seres que la habitan, los visibles y los invisibles. Sobre todo de estos últimos, pues los añoraba como añoraba su niñez. Y aunque todos sus hijos recibieron una educación apropiada en este sentido, fue Sélem, el menor de los hermanos, el más receptivo.

Cuando su padre hablaba de las ondinas que viven en la superficie del agua entonando bellas canciones, o de los silfos, vivientes en la fuerza del aire y que sienten un amor perpetuo por todo lo que vuela, Sélem no podía evitar que el pecho se le inflara y desinflara como un globo: todo ello en un profundo suspiro, como si su corazón supiera de lo que hablaba su padre pero su cabeza todavía no.

Su padre les había contado de los gnomos que, de todos los seres de la Naturaleza, son los que más tendencia a colaborar con el hombre tienen. *“Poseen una gran sabiduría –decía– y tienen gran curiosidad por todo, también por el hombre”.* Por eso solía pedirles que ayudaran en la medida de sus posibilidades a que los campos que labraba dieran buen fruto. Así enseñó a sus hijos desde pequeños a amar la tierra. Ahora Sélem ya era un hombre adulto, y le dijo a su esposa:

–*“¿Sabes, querida? No me importa no verlos, sé que los gnomos están ahí, en la tierra, siempre lo he sabido. Y sé por qué está seca y baldía, yo la vi florida en su tiempo. Yo la sanaré de nuevo, sé cómo hacerlo”.*

Alma lo miró y con hermosa ternura dijo,

–*“Pues hazlo, yo te quiero y además te creo, y aunque no sucediera así, te seguiré amando”.*

Más Listo Que El Hambre

Su corazón estaba feliz, esta tierna mujer sentía amor verdadero por él. Ahora sólo faltaba sanar esta tierra, labrarse un futuro dignamente y su dicha sería completa.

Con la ayuda de Alma construyó una casita y como la tierra necesitaba reposo la regaba con agua que contenía hierbas medicinales: manzanilla, milflores y otras hierbas, todo ello preparado con la magia de su amor y del conocimiento que tenía de los astros.

Hizo un tonel con la mejor madera que pudo conseguir, lo llenó de la más pura agua, le añadió las infusiones de sus hierbas secretas, y con un gran palo empezó a darle vueltas en un sentido y en su contrario formando un torbellino mágico que captaba lo mejor que de este Universo maravilloso le era posible vislumbrar.

–*“Las fuerzas del Universo sois las formadoras de la vida y yo quiero vida en mi valle, mi tierra está enferma y yo enfermo con ella ¡SANA!*– se decía mientras daba vueltas al contenido del tonel–.

Cogió el viejo tractor de su padre, y le adosó otro tonel en la parte trasera con un difusor que esparcía en fina lluvia el contenido mágico de la medicinal receta. Atardecía ya. –*“¡Sí! Esta es la mejor hora”*. Su corazón estaba pleno de ilusión pues estaba convencido de que el valle reconocería su trato.

En esos momentos –él no lo sabía– alguien le estaba observando.

–*“¡Hombres! Otra vez hombres, ¿qué querrá ése sacar de esta tierra baldía? ¡Hombres! No hay uno solo con sesera, es más difícil encontrar uno medio cuerdo que un gnomo quieto y confiado”*.

Quien así hablaba se llamaba Enfado, pero no siempre se llamó así, los gnomos se llaman como son realmente, y a este le cambió el nombre desde que tuvo que abandonar su hermoso Valle Florido convertido en desierto. Desde entonces, está permanentemente enfadado con los hombres, y cuando cree no estarlo va a visitar su antiguo valle, y entonces en su sufrimiento vuelve a estar enfadado. Esta era una de esas veces.

Como todos los gnomos, Enfado era muy curioso.

–*¿Qué?... pero, ¿qué está echando ése ahí? Huele bien ¡Maldita sea, huele bien, como las flores del campo, dita sea! ¡Y yo he venido a enfadarme con los hombres! ¡Así no vamos a ningún lado! Pero... bueno, yo... quisiera echar un vistacillo, no demasiado largo.*

Se introdujo dentro de la tierra, y llegó justamente donde se esparcía la fina lluvia. Notó, como sólo los gnomos pueden notar, que la tierra se movía. De pronto la tierra gritó: **“¡VIDA!”**

Impregnado de la delicada lluvia que todavía caía, Enfado miró a los astros del cielo, y a través de una finísima lluvia pudo leer en ellos secretos sobre la formación de las plantas que sólo en el

Más Listo Que El Hambre

libro sagrado de los gnomos aparecen. No se lo podía creer, pero una voz desconocida surgió de su interior, una voz que por un momento lo llenó por completo, casi creció dos palmos, y esta voz decía: “¡UNIVERSO!”

Enfado estaba aturdido, muy aturdido. No sabía –como nosotros empezamos a sospechar– que el tonel de Sélem captaba fuerzas del Universo que ayudan a sanar todo lo que está enfermo, tanto la tierra del valle como el enfado de Enfado.

El pequeño gnomo no atinaba sobre qué hacer, ni qué decir. Cavilando, cavilando se había acercado casi sin darse cuenta hasta la casa del jefe de los gnomos del valle.

–“¿Qué ocurre, Enfado? ¿Por qué andas tan pensativo?”

–“No, nada, un hombre.”

–“¿Un hombre? Puf, vaya cosa...”

–“En Valle Seco” –le espetó Enfado casi sin que le diera tiempo a terminar la frase–.

–“¿En Valle Seco? ¡No te digo! Es más difícil encontrar un hombre medio cuerdo que un gnomo parado, y todo el mundo sabe lo que eso quiere decir, menos los hombres, claro”.

–“No... ya... sí, bueno, eso mismo digo yo”.

–“¿Qué te pasa? – dijo el jefe– ¿titubeas? Tú nunca titubeas. Esto es muy raro. De todas formas, que haya un hombre o cien, todo el mundo sabe, menos los hombres claro, que en Valle Seco, nada crecerá porque decidimos irnos de allí y no colaborar más con el hombre. ¡Asunto zanjado!”

–“Muy bien dicho jefe, así se habla, con autoridad. Pero... ejem... digo yo que a este hombre voy a tenerlo vigilado, así me reiré a gusto de él”.

El jefe de los gnomos consintió –al fin y al cabo Enfado era su segundo– y no había ningún otro gnomo más enojado con el hombre que él. Decidió que era justo que así fuera. “¡Asunto zanjado!” –se dijo para sí.

Pero Enfado se resistía a ir a Valle Seco. Por entonces la familia del valle había habilitado un pequeño establo de vacas cerca de la casa, pues el estiércol de vaca es lo mejor para la tierra. Tampoco faltaría un buen vaso de leche, y queso para Alma y Sélem.

En poco tiempo Sélem consiguió estiércol de sus vacas y de granjas de fuera, lo mezcló con paja e hizo grandes montones a lo largo y ancho del valle. A estos grandes montones de estiércol y paja se les llama "compost", ése es su nombre científico. En los montones de compost introdujo plantas generadoras de armonía, plantas que todo el mundo puede ver si da un paseo por el campo, y con el tiempo ese compost se convirtió en "humus", el llamado oro de la tierra.

Más Listo Que El Hambre

–“*Esto sanará mi valle*”, se dijo Sélem satisfecho.

Tengo que decir que Sélem seguía regando Valle Seco con las infusiones mágicas, por lo cual tenía ya mejor aspecto, y cualquier gnomo que se hubiera acercado habría podido oír a la tierra del valle, pero ninguno quiso hacerlo.

Semanas antes había preparado una verdadera poción mágica, un verdadero secreto que ni siquiera los gnomos conocían, al menos no en esta forma potenciada, esta es la receta comentada por el mismo Sélem años más tarde:

–“Se coge un cuerno de vaca, ni demasiado grande ni demasiado pequeño, se rellena con un mineral especial molido finamente, una sustancia por la que los gnomos sienten especial predilección, el sílice. Se entierra en el valle a poca profundidad –un metro como máximo–. No sabría explicar qué es lo que sucede exactamente durante ese tiempo en el cuerno, o al menos no sabría explicarme para que todo el mundo me entendiera, sólo diré que todas las fuerzas benignas y mágicas del verano que desean el crecimiento de las plantas acuden a este llamado aportando un poco de ellas mismas. Son, por cierto, las fuerzas madres que estimulan con gran amor a que los gnomos trabajen”.

Un día, el nuevo propietario de Valle Seco se levantó, miró al cielo y dijo,...–“*¡Sí! hoy es el día en que repartiré el humus por todo el valle, hoy es el día en que mi valle sanará*”.

¿Y quién creéis que estaba observándolo? Pues sí, era Enfado, que como por arte de magia había aparecido por allí.

–“*¡Dita sea, ya está ese hombre otra vez ahí, dita sea! ¡ Si ya dije yo que no tenía que haber venido!, pero... ¿qué es ese aroma que llega hasta mí?*”

A los gnomos el humus les huele tan agradable como el más exquisito perfume a los humanos.

–“*Voy a ver, voy a ver sólo un poquito*”.

Y se volvió a meter, como la vez anterior, en la tierra, hasta el centro de Valle Seco.

–“*¡Oh, qué gran placer es estar aquí! ¿Me habré equivocado con este hombre? El valle ya no está tan enfermo*”.

Mientras así se decía, sintió, como sólo los gnomos sienten la tierra, que la tierra se movía, y una gran voz gritó: “**¡VIDA!**”

–“*¿Vida?*”, –repitió Enfado– “*¿Vida de quién?*”

Y una voz que emergía de todo su ser le confirmó a voces “**¡DE LA MADRE TIERRA!**”

Enfado estaba loco de contento, bailaba y cantaba. –“*El Valle Seco está curado, curado el Valle Seco está, y lo que yo diga se hará*”.

Más Listo Que El Hambre

Como Enfado es muy listo y rápido, ya estaba pensando en nuevos planes: qué hacer, qué decir, todo lo pensaba al mismo tiempo.

–“Vamos a ver, vamos a ver, lo primero de todo es...Sí, creo que me llamaré de otra manera pues no estoy ya tan enojado. Bueno no, no, lo primero de todo es hablar con los otros gnomos, tengo que contarles lo que he visto y oído”.

Y corrió raudo a su reino. Pero... nadie le creyó, ni el jefe gnomo, ni ninguno de sus compañeros, sólo unos pocos habrían querido creerle, pero se resistían a ello. Parecía que Enfado había caído en desgracia.

Enfado, lleno su corazón de profunda tristeza, se encaminó a la casita de Valle Seco. Tenía que urdir un plan y rápido, pues sin los gnomos del valle las plantas no crecerían o –lo que es peor–, lo harían sin su dirección y todo sería un desastre, un auténtico desastre

Conviviendo con Sélem

Durante los días siguientes Enfado no dejaba de observar a Sélem. Cuando comía, se sentaba en una de las sillas –si es que se puede decir que los gnomos se sientan en sillas–, o cuando Sélem ordeñaba o limpiaba el establo, no le quitaba ojo de encima. Pero sobre todo Enfado le leía los pensamientos. Aquello que Sélem pensaba él lo veía con más claridad que ninguna otra cosa, pues los pensamientos del hombre son cosa mágica para los gnomos; y sí, le agradaban esos pensamientos.

–*“Me satisface, sí. Este hombre sólo piensa en hacer bien a Valle Seco”*–.

Por otra parte, y aunque todavía no era el tiempo de sembrar, en Valle Seco ni siquiera las hierbas salvajes crecían, y eso no era una buena señal. Por lo que había aprendido de su padre Sélem sabía que algo debía estar sucediendo con los gnomos, pues estos son muy trabajadores y les falta tiempo para ponerse manos a la obra. También le preocupaba su familia, esto es, Alma y el bebé que esperaban, pues Alma estaba embarazada.

–*“Pronto la poción mágica del cuerno de vaca estará preparada –se decía– y las constelaciones del cielo me indican que se acerca el tiempo de unirla a la tierra. Si el canto de amor a los gnomos no funciona –y esto es lo que es la poción mágica–, entonces Valle Seco y yo estamos perdidos”*–.

Pero entonces recordó lo que hacía de pequeño cuando su padre pedía a los gnomos que cuidaran de la tierra. Desde entonces no había vuelto a intentar hablar con ellos. ¡Ahora era preciso hacerlo!

Esa misma noche salió al porche de su casa. El cielo estaba hermosamente estrellado. Motivado por esta visión cerró los ojos, se concentró y, como cuando era niño, expandió su alma todo lo que pudo. En ella escribió con letras celestiales su llamado a los gnomos y demás seres de la Naturaleza.

–*“Seres de la Naturaleza que tanto amáis lo que es bello y bueno, gnomos de la tierra que tanto lucháis por lo que en ella vive siga viviendo, os lo ruego, atended mi llamado, pronto Valle Seco se convertirá en un nuevo Valle Florido. Acudid a este ruego los que queráis ser los fundadores de este nuevo valle”*–.

Algunos seres de la Naturaleza acudieron curiosos, no muchos, pues verdaderamente Valle Seco estaba seco del todo, y por supuesto ningún gnomo del valle acudió, si exceptuamos a Enfado.

Enfado estaba sorprendido, se había acercado más que ninguno, tanto, que estaba dentro mismo de la luz que emanaba de Sélem rodeándolo completamente. Allí pudo leer nítidamente el ruego, así como otras muchas cosas de Sélem que aparecían en toda su claridad.

Más Listo Que El Hambre

–“¿Fundadores?” –se encabritó al leer la última parte del mensaje–. “¿Quién más fundador que yo, que he estado aquí desde el principio? Este me está llamando a mí, ¿qué, si no?”.

Sélem notó un inmenso cosquilleo alrededor de su cuerpo. Se concentró aún más y ese cosquilleo se hizo más y más intenso, y en medio de esa intensidad, como saliendo de un bosque, aparecía acercándose, cautelosamente, un extraño hombrecillo –si es que se puede decir que los gnomos son hombrecillos–. Ese extraño ser tenía los brazos en jarras –si es que se puede decir que los gnomos tienen brazos–, pero algo así era, la cabeza la llevaba inclinada con los ojos saltones mirando con asombro a Sélem pero con cierto aire de suficiencia.

–“¿Me ves?” –dijo Enfado.

–“Te veo. ¿No serás un sueño, verdad?” Sélem decía esto porque aún tenía los ojos cerrados.

–“¡No!” –se enfadó el mismo Enfado– “¡Soy un ser! ¡Cómo tú!”. Parecía enojadísimo, pero de pronto dejó de estarlo.

–“Bueno, bueno, bueno. Vaya, vaya, vaya. Así que el hombre del valle me oye y me ve. ¡Ja, ja ja, Ja!” –dijo con cara de tonto, y es que a estas alturas Enfado no sabía muy bien lo que decía.

Sélem recordó, en presencia de Enfado, que cuando era niño también había visto gnomos como el que ahora contemplaba, pero era como si esos recuerdos estuvieran guardados en un cofre secreto. Ahora se había abierto y la fuerza de esos recuerdos le dio más confianza para creer que aquello no era producto de su imaginación. Abrió los ojos y... ¡Allí seguía Enfado!

Entonces comprendió que los gnomos no se ven con los ojos físicos sino con los ojos de la intensidad de un espíritu ordenado. “Sólo el que posee las cualidades de un espíritu ordenado como son el amor por todas las cosas, la comprensión sin límites y la falta de crítica a la hora de juzgar a los demás seres –así como la capacidad de concentrarse intensamente en cosas que parecen sin importancia como el vuelo de una mariposa, o la música del viento sobre los árboles– podrá acceder a conocer la verdad que se esconde a los ojos físicos como es la vida de los gnomos, el idioma de los pájaros, o de los peces y las abejas; podremos también oír a la tierra. Sobre todo nos servirá para conocernos mejor a nosotros mismos y a las demás seres que nos rodean”.

La bondad y la verdad van unidas. El que quiera saber la verdad sobre algo que primero lo ame con devoción, esta es la regla que rige el Universo. También para nuestro amiguito, cuyo único defecto era ser demasiado curioso. Pero ese defectillo lo pasaremos por alto, ¿verdad?

–“¿Cómo te llamas?” –preguntó Enfado, harto de esperar en silencio, pues por lo menos habían pasado cinco segundos sin que ninguno de los dos hablara.

–“Sélem, ¿y tú?”

–“¿Sélem?, ¿qué significa Sélem?”

Más Listo Que El Hambre

Sélem todavía no sabía que hasta que Enfado no saciara su curiosidad no iba a responder a ninguna pregunta.

–“*Este nombre en sí es un misterio y puede guardar muchos significados dentro de sí, como el río guarda muchas gotas. En mi caso significa ‘el que ama a los gnomos’*–Sélem contestó lo más rápido que pudo porque quería ganarse su confianza, no se fuera a ir.

–“*¿Y tú cómo te llamas?*” –preguntó Sélem lo más deprisa que pudo.

–“*¿Amor?*” –se sorprendió Enfado– “*¡Vaya cosas más raras dice este hombre! Bueno, bueno, bueno...*”

Sélem, un poco cansado de que el pequeño gnomo no respondiera, puso los brazos en jarras, torció la cabeza y miró con asombro a Enfado, imitándolo. Estaba muy gracioso.

Enfado soltó una gran carcajada

–“*¡Jaa, jaja!, bueno, bueno*” –dijo mirando al suelo y frunciendo el ceño– “*yo... es que, mi nombre está cambiando, y no sé yo...*–Enfado no dejaba de rascarse la cabeza– *no sé ahora mismo cómo me llamo..., popopopopo*” –mascullaba–, *aunque puedes llamarme Enfado*” –dijo al fin aliviado.

Sélem le preguntó el porqué de ese nombre, y entonces conoció la historia de Valle Seco según los gnomos. Algo así se esperaba, aunque la verdadera historia le pareció aún más triste.

Hablaron durante varias horas más. Bueno, hablar, más bien Enfado preguntaba y Sélem respondía. “*Este ser es demasiado rápido y su curiosidad no tiene límites*”, pensaba para sí Sélem.

–“*Te llamaré* –dijo finalmente Sélem– “*Más Listo Que El Hambre*”, *porque sólo los hombres cuando tienen una gran necesidad como es el hambre se vuelven tan listos. Y tú siempre has debido ser listo, enfadado o no.*

“‘Listo’, vaya, vaya”, a Más Listo Que El Hambre le gustaba que le llamaran listo, le gustaba y mucho.

–“*Sí, sí, me complace. Y tienes razón, es muy necesario que sea tan inteligente. Porque si no, ¿qué sería de Valle Seco? ¿Y qué sería de ti? ¡SÍ!* –se reafirmó– *Hay una gran necesidad en esto.*”

Pero lo que son las cosas, nada más terminar de decir esto, Alma llamó a su marido. El bebé estaba de camino. Debían ir rápidos al hospital. Más Listo Que El Hambre –curioso– no se separaba de Sélem.

Juntos pudieron presenciar el parto de Alma, el nacimiento del bebé, ¡y era una preciosa niña!

–“*Sí, un verdadero milagro*” –se dijo el pequeño gnomo.

Más Listo Que El Hambre

Cuando el médico le dio un cachete en el culito, y el bebé rompió a llorar, se escuchó una canción, como un coro de ángeles, venida de no se sabe muy bien dónde, que decía:

“Unaaa...

nuevaaa...

oportunidad para ser feliz

en la inmensidad

de un dulce hogar.

Unaaa...

nuevaaa...

vida para amar”.

—“Ja,ja, ¿has escuchado eso? Ja, ja, ¿has escuchado eso? —repetía Sélem sin visos de poder parar. ¡Estaban tan sorprendidos! La canción era tan sumamente hermosa que no pudieron dejar de sonreír hasta su final, justo cuando el médico aconsejó a Sélem que saliera de la habitación, pues la mamá necesitaba descansar.

Los dos amigos salían ya del paritorio. Sélem, muy orgulloso, recibiendo las felicitaciones de todo el que quisiera felicitarlo. Al sonido que producía el bamboleo de las puertas del paritorio, como una llamada, como si el aire le dijera: “Ven, vuélvete”, El gnomo volvió la cabeza... y vio bajar una pequeña estrella del cielo que, lentamente, se posó sobre la cabecita de la niña, justo en la coronilla; y aún más lentamente, recreándose, bajó hasta el centro de la frente. Y toda luminosa al principio, se metamorfoseó, fundiéndose sobre la piel de la pequeña.

Más Listo Que El Hambre pudo oír entonces lo que decía una de las voces del coro, como si aquella voz perteneciera al mago creador de esos encantamientos. Eran las palabras más sabias escuchadas por gnomo alguno a través de los tiempos, de manera que permaneció por primera vez en su vida callado, escuchando:

“De ahora en adelante, pocos serán los afortunados que puedan ver la estrella que te guía. Tal vez, ni siquiera tú misma. De ahora en adelante, se reconocerá tu estrella en ti, por tus actos. Se conocerá tu estrella cuando la fuerza que traes del cielo, al comprender tu misión, la transformes en amor a la Tierra. Se conocerá tu estrella cuando la fuerza que traes del cielo, al no comprender tu misión y desaprovechar su fuerza, la transformes en confusión y rabia. Arduos serán tus esfuerzos, durante toda una vida, para comprender lo que ha sucedido en un instante”.

Más Listo Que El Hambre

Por la mente de nuestro amiguito, en la inspiración del momento, desfilaron decenas – ¡qué digo decenas, decenas de cientos, decenas de miles!– de niños cuyas estrellas aún fulgían. Algunos de los contemplados por el gnomo estáis leyendo estas líneas.

“Esas estrellas que relucen tímidamente en vuestras frentes son el signo de la fuerza y el amor que traéis al mundo. No desfallezcáis”.

Desde entonces, el pequeño gnomo, determinó en el más absoluto de los secretos que, algún día, haría todo lo que estuviera de su parte para que las estrellas de esos niños no fueran cubiertas por la tierra del olvido, la única tierra que no es amada por los gnomos.

Ahora debía dedicarse a otros menesteres. *“¡Todo tiene su orden!”*, se decía.

Habían pasado ya varios días y la amistad entre los dos amigos se había hecho duradera. Cada vez le costaba más trabajo a nuestro Más Listo Que El Hambre separarse de Sélem, y lo mismo le sucedía a Sélem, la única diferencia es que este último lo reconocía así, pero su amiguito no hacía más que darse excusas.

–“Bueno, bueno, debería de ir a hacer unas cositas... ¡pero es que no tengo muchas ganas! ¿Me estaré volviendo vago? No, no creo. ¡Es que tengo que estar aquí! ¡Eso! ¡Tengo que urdir un plan! ¡Eso! ¡No debo perder de vista a Sélem! ¡Eso! Sí, sobre todo eso, Uy! “–y se tapaba la boquita como si hubiera dicho algo que no debiera.

Carmencita, como así se llamaba la hija de Alma y Sélem, ya estaba en la casa del valle y gracias a ello Más Listo Que El Hambre pudo presenciar algo que le dejó patidifuso.

Alma había terminado de dar de comer a Carmencita y cansada se fue a la cama, mientras tanto Sélem llevó a su hijita a una habitación contigua y la metió en la cunita. La niña, satisfecha del alimento materno, pronto se durmió mientras Sélem la observaba.

El gnomo, que estaba en la cocina curioseando entre las perolas, percibió que una extraña luz salía del cuarto de Carmencita, y muy despacito se acercó sin que Sélem se percatara de ello.

Al principio se asustó mucho, pues observó cómo el espíritu de Sélem se encogía por momentos hasta volverse tan diminuto como un puño cerrado, ¡parecía que iba a dejar de existir! Pero de pronto estalló en mil colores con la fuerza de un volcán, colores que como pétalos de flores caían sobre la cuna de la niña, que parecía darse cuenta pues sonreía en sueños.

Se podría decir que, Más Listo Que El Hambre, por segunda vez en su vida estaba callado; lo observaba todo con profundo respeto, sintiéndose partícipe de ese milagro de colores.

De nuevo otra vez, ¡otra vez! El espíritu de Sélem se encogía lentamente en la región del corazón y volvía a estallar, rítmicamente, iluminando la habitación.

Más Listo Que El Hambre

–“*¡Qué grandioso espectáculo!, verdaderamente este hombre ama a su hija. Es necesario que hable con mis hermanos* –se dijo preocupado por Sélem–. *Es necesario que Valle Seco vuelva a germinar*”.

Acudió veloz al encuentro con el jefe de los gnomos, que lo recibió con cierta aspereza. Más Listo Que El Hambre les contó todo lo que sabía, que Sélem podía verlo y hablar con él, el nacimiento de Carmencita, lo que presenció hace poco en la habitación de colores... Sobre todo comentó lo de su nuevo nombre pues esto le parecía de suma importancia.

–“*Un hombre así sólo puede traer cosas buenas, también para nosotros*” –trataba de convencerles–.

Todos le escucharon con mucha atención, pues los gnomos son extraordinariamente curiosos, a muchos de ellos incluso se les podía ver cómo se les movían las piernas sin que pudieran evitarlo, como si quisieran ir a Valle Seco a comprobar por ellos mismos aquello que anunciaba el relato. Su naturaleza curiosa casi se desborda cuando Más Listo Que El Hambre adelantó que Sélem tenía preparada una sorpresa para los gnomos que nadie esperaba, ni siquiera él mismo.

Pero el jefe de los gnomos –un poco envidioso, todo es menester decirlo– paró a los curiosos y concluyó: “*¡Asunto por zanjar!*”

Así que decidieron que el amiguito de Sélem siguiera recogiendo información y luego ya verían.

Más Listo Que El Hambre estaba muy molesto, apenas faltaban unas semanas para mediados de septiembre, la fecha en la que según Sélem deberá ser esparcida la poción mágica, y para ello los gnomos tendrían que estar en Valle Seco o todo sería inútil. Los gnomos del valle se habían vuelto muy reacios al hombre, y eso no podía traer más que perjuicios a los dos bandos.

La lamparita, la chimenea y la poción mágica

En ese tiempo Más Listo Que El Hambre encontró una nueva ocupación que le agradaba especialmente. Por las tardes iba con Sélem a una habitación de la casa repleta de libros y, a través de la lectura de Sélem, podía leer en sus pensamientos el contenido de estos libros. ¡Y algunos eran verdaderamente interesantes! Alguno había que hablaba de los gnomos y no andaba nada desencaminado. Había otros que no le interesaban nada y se excusaba diciendo que tenía cosas que hacer, y se iba a observar a Carmencita, pues parecía que la niña de la casa empezaba a percatarse de su presencia.

Sélem, otras veces, hacía algo que le enfadaba verdaderamente, y lo hacía precisamente para reírse de él. Cuando estaba leyendo un libro que su amiguito lo encontraba sumamente interesante, cogía otro de Física o Química o una de esas ciencias de los hombres sin que el gnomo se diese cuenta, y se concentraba adrede en su lectura. Entonces su pequeño amigo, ensimismado todavía, pegaba un respingo que casi llegaba al techo.

–“Puaj, ¿qué es eso? ¡Vaya ciencia esta de los hombres!, quita, quita, si quieren hacer algo provechoso que se pregunten cómo puedo yo conocer tanto sin necesidad de ningún instrumento. Si conciben que soy mi único instrumento de conocimiento irán por buen camino –y este es infalible– un conocimiento instantáneo, apto para conocer lo vivo. Pero los hombres con su ciencia de lo muerto queriendo encontrar los secretos de lo vivo, del Universo, te lo aseguro, nunca hallarán nada a no ser que desarrollen un instrumento como el que poseo yo”.

–“Vaya, ¡qué serio se ha puesto!” –pensó Sélem– verdaderamente su amigo podría pasar por un erudito.

–“Panda de...” –continuaba malhumorado el pequeño gnomo– si lo que yo digo es lo que yo digo, todos los hombres son unos memos inaguantables” –miraba a su amigo y concluía: “Bueno, todos no, otros sólo son unos bromistas”, y se reía dándole un cachete en el cogote a Sélem, que no se lo esperaba.

Así pasaban las tardes y creo que las pasaban bien.

Después de la lectura diaria, Más Listo Que El Hambre se quedaba en la habitación hasta medianoche, reviviendo una y otra vez la lectura que habían compartido ese día. El gnomo permanecía sentado en el sillón profundamente ensimismado, pues las lecturas eran por lo general muy productivas, mientras Sélem se retiraba apagando las luces. Y así lo hizo esa noche, ya próxima al mes de septiembre. Apagó las luces, pero de improviso se volvió y encendió la lamparita de su escritorio que iluminaba igualmente el sillón en el que su amiguito cavilaba.

–“¿Qué haces? ¿Por qué enciendes la luz de la lamparita? ¿No te ibas?”

Más Listo Que El Hambre

–“*Sí que me voy*”.

–“*¿Y por qué la enciendes? ¿Es qué no sabes que no me importa que la luz esté apagada o encendida?*”

–“*Sí, lo sé. Sé que para ver no te hace falta ninguna luz, pero a nosotros los hombres, sobre todo cuando somos niños, nos hace compañía el tener una lamparita que nos dé luz, máxime cuando alguien la ha encendido especialmente para nosotros*”.

–“*Bueno, bueno, ya..., y ya te he dicho que a mí eso no me importa*”.

–“*Pero a mí sí me importa*”, terminó de decir Sélem antes de cerrar la puerta de la salita de los libros.

Por un momento el pequeño gnomo se quedó mirando la puerta, y concluyó comprensivo pero sin mucho énfasis.

–“*Bueno, bueno, pues si a ti te importa a mí también me importa*”.

Se encogió de hombros sin que supiera realmente qué era lo que quería decir con esto, y siguió meditando al calor de los pensamientos de ese día que llenaban por completo la habitación y que esa noche eran especialmente interesantes.

Al día siguiente Sélem no dio con su amiguito por ninguna parte.

–“*O está haciendo algo que no me ha comunicado o se está escondiendo de mí*”, pensó al respecto un poco preocupado, pues era la primera vez desde que se conocieron que se separaban sin previo aviso.

Se acercaba la hora de la lectura y Más Listo Que El Hambre seguía sin aparecer. Eso sí que era raro, algo muy grave debía estar sucediendo, pues sabido es por todos lo que gustaba de esas horas el pequeño gnomo.

Pero fue al abrir una nevera cuando se lo encontró sentado encima de un repollo, Sélem casi cae de espaldas del susto.

–“*¿Qué haces ahí? Me tenías preocupado, todo el día sin aparecer, la próxima vez dímelo*”.

El gnomo bromista se partía de risa. Se cayó del repollo de tanto reírse.

–“*Ja, ja, ja. ¡Vaya susto te has dado! Pero qué tonto es este Sélem, está todo el día sin verme y no hace más que preguntarse dónde estaré y qué es lo que estaré haciendo. ¡Cuanta preocupación! Y no lo niegues que he visto tus pensamientos. Ja, ja, ja*”.

–“*Bueno, amiguito bromista ahora ya sé cómo te las gastas, je, je, je*” –se reía ahora también Sélem, puesto en evidencia.

Más Listo Que El Hambre

–“*¡Pero qué tonto es este hombre! ¿Pues no me ha cogido cariño? Y a ver, ¿para qué sirve eso? ¡Para estar todo el día preocupado!*”, se decía mientras marchaba alegre a la habitación de los pensamientos.

Aquella tarde la sesión de lectura fue tan fructífera como muchas otras, verdaderamente los dos disfrutaban de aquellas horas.

Al finalizar la sesión y al igual que el día anterior Sélem dejó la lamparita encendida pues ya estaba anocheciendo.

Más Listo Que El Hambre no le dio ninguna importancia, ya habían hablado de ello la noche anterior, pero sí le llamó la atención ver que Sélem cogía unos cuantos leños de fuera de la casa y encendía la pequeña chimenea de la salita de los pensamientos.

–“*¿Qué haces? ¿Por qué enciendes la chimenea?*”, preguntó el curioso amiguito.

–“*Esta noche hace frío y hasta la medianoche que te vas quiero que la habitación esté caldeada*”.

–“*¿Qué la habitación esté...? ¡Pero hombre!, ¿es que no sabes que yo no necesito del calor del fuego para estar bien? He paseado por los confines del Polo Norte y por las entrañas del más caluroso volcán, y aunque reconozco sus distintos estados, te aseguro que a mí no me importa que la chimenea esté encendida o no*”.

–“*Pero a mí sí me importa, porque los hombres –cuando hace frío y queremos que alguien esté cómodo– encendemos un fuego que dé calor, y aunque sé que tú no necesitas el calor como yo, también sé que no ignoras que la chimenea ha sido prendida para ti, y eso es lo que importa, lo que se esconde detrás de las cosas*”, concluyó Sélem, despidiéndose de su amigo hasta el día siguiente, y cerrando la salita de pensamientos para no dejar escapar ninguno.

–“*Por supuesto que sé que la chimenea está encendida, los gnomos lo sabemos todo. ¿Y qué ha querido decir con eso de que se esconden cosas? A mí me parece que lo que se esconde detrás de todo esto es que mi amigo Sélem se está volviendo loco*”, comentó muy risueño felicitándose de su ocurrencia. Y siguió en la salita durante largo tiempo, como todas las tardes.

Estaba cercana la medianoche. Todos los miembros de la familia estaban dormidos menos él, claro. Los pensamientos de la tarde se estaban difuminando haciéndose cada vez menos provechosos cuando el gnomo bajó la cabeza y observó los libros que llenaban la habitación. Él no los veía como nosotros los vemos pues no tiene ojos físicos como los humanos, pero sabía que estaban ahí, los percibía. ¡Desde luego que sí! Los gnomos lo saben todo. Le gustaba aquella habitación, él y Sélem habían pasado muy buenos momentos allí y los dos habían aprendido mucho el uno del otro.

Más Listo Que El Hambre

Pensó que era una verdadera lástima que Sélem tuviera que dormir por las noches, y que si no fuera así podría seguir disfrutando de su compañía también de madrugada. Sí, se sentía un poco solo. ¡Al menos de la compañía de su amigo! ¡Habían hecho buenas migas y era una relación mutuamente provechosa! Lo echaba de menos.

–*“Todo parece indicar que hoy me voy a retirar antes de medianoche”*, se dijo un poco triste. Entonces, miró la chimenea que en ascuas todavía ardía. ¡Y ocurrió! ¡Entonces ocurrió! Recordó que su amigo le anunció que la había encendido especialmente para él, para que le diera calor. Y en ausencia de Sélem notó en su interior la presencia de su amigo que como un calor íntimo ascendía hasta enrojecerle los mofletes de la cara, era como un calor humano.

Sorprendido por ese calor miró rápidamente la lamparita y percibió que estaba encendida, y los ojos se le iluminaron de alegría en su soledad como si su amigo hubiera hecho acto de presencia en ese mismo momento, y entonces comprendió, pues los gnomos son extraordinariamente rápidos y Más Listo Que El Hambre es de los más rápidos y listos que existen.

Miró de nuevo la chimenea y sus mofletes estallaban de calor, miró la lamparita y se le iluminaron sobremanera los ojos, como si el recuerdo de su amigo le penetrara hondamente.

–*“Sí, se dijo, es el amor. ¡Esto es el amor!”*

El amor de su amigo penetrando en su corazón que en su ausencia lo inflamaba. Exultante lo expresó: –*“¡Mi amigo enciende una lamparita cuya luz no necesito y que en su ausencia me ilumina la vida! ¡Mi amigo prende una chimenea cuyo calor no necesito y que en su ausencia me inflama el corazón!”*

El pequeño gnomo daba botes por toda la habitación, traspasó la puerta de la salita, subió pegando voces por la escalera que daba al cuarto del matrimonio, y despertó a Sélem con todo el griterío de que fue capaz...

–*“Qué... Qué... ¿Qué te pasa?”*–dijo Sélem somnoliento.

–*“¡La lamparita! ¡La chimenea!...”* –no le salían las palabras. *“¡Ahora a mí también me importa! ¡Ahora a mí también me importa! ¡No necesito su luz, no necesito su calor, pero ahora a mí también me importa!”*

Y salió disparado como una bala de cañón por la ventana –sin abrir– que daba al valle. Tan grande fue el salto que parecía perderse en el firmamento impulsado por una fuerza desconocida, cayendo en el mismísimo reino de los gnomos de Valle Seco.

¡Qué follón! ¡Qué alboroto estaba armando Más Listo Que El Hambre! Todos los gnomos estaban apretujados, curiosos, alrededor de él.

–*“Venid, venid, Más Listo Que El Hambre se ha vuelto loco”* –se decían unos a otros.

Más Listo Que El Hambre

Y el pequeño gnomo dijo a todo el que quisiera escucharle, y ya sabemos lo curiosos que son todos los gnomos: *“¡Mi amigo Sélem enciende una luz que me ilumina la vida! ¡Mi amigo Sélem enciende un fuego que me inflama de calor el corazón!”*

–*“¡Vamos, vamos a la casita del valle!, yo quiero saber de esa luz”* –decían unos.

–*“¡Vamos, vamos a la casita del valle!, yo quiero conocer ese calor”* –decían otros.

El jaleo era tan impresionante que el jefe de los gnomos no lograba poner orden, así que decidió, para no ver mermada su autoridad, que lo mejor era que reinara el desorden hasta que todos se hubieran calmado un poco.

Cuando los ánimos se apaciguaron, preguntaron a Más Listo Que El Hambre qué era lo que debían hacer. Y así resolvió.

–*“Debéis ir el día acordado a Valle Seco, será el día en que la poción mágica será esparcida y ese día todos sabréis de esa luz y ese calor”*.

Y por unanimidad en la curiosidad se determinó que así se haría.

Al día siguiente nuestro pequeño amigo volvió a la casita del valle y le comunicó la buena nueva a Sélem, que se puso loco de contento dando botes a la manera de los gnomos.

Durante los días siguientes los dos amigos estuvieron haciendo los planes pertinentes en lo que se refiere a la futura siembra del valle. Así, El pequeño gnomo aconsejaba qué planta sería mejor sembrar en cada parcela, y qué trozo de tierra estaba más necesitado de humus y de hierbas medicinales. Todo se perfeccionó para el gran día.

Y ese día llegó, el 13 de septiembre, día acordado con los gnomos. La víspera, Alma, Sélem y nuestro amigo el gnomo habían sembrado gran parte del valle observados ya por algunos de sus hermanos gnomos.

A la mañana siguiente, muy temprano, desenterraron el cuerno de vaca lleno de cuarzo pulverizado y con todas las fuerzas del amor de la tierra. Más Listo Que El Hambre lo veía relucir como si de oro se tratara.

Sélem vertió parte del contenido del cuerno en el agua, dentro del mismo tonel donde había diluido hierbas medicinales, y procedió a darle vueltas en un sentido primero y luego en sentido contrario, una y otra vez, sin interrupción, durante una hora, formando un remolino de agua ayudándose con un palo preparado para tal fin.

El amigo de Sélem, sentado sobre el palo, no daba crédito a lo que estaba viendo. Parecía como si todas las fuerzas amorosas del Universo quisieran ligarse con el oro del cuerno, pues los iguales se atraen, lo afín busca lo afín.

Más Listo Que El Hambre

Era como si las estrellas del firmamento cayeran en el tonel traspasando al pequeño gnomo llenándolo de dicha. Pero no estaba solo. Alrededor del tonel estaban varios de sus hermanos gnomos igualmente impresionados.

–“*¡Qué maravilla –le decía a Sélem– verdaderamente nunca se ha visto nada igual!*”

–“*Sélem –dijo finalmente–, tienes que escribir sobre mí como en uno de esos libros de nuestra salita. Yo te contaré historias que hablen de mí y de Valle Seco. Historias para los niños, también para los hombres y mujeres de la Tierra. Diles que a través de ti yo enciendo una lamparita y prendo fuego en una chimenea, y que esto lo hago porque a mí si me importa*”. Y se calló. Estuvo callado largo tiempo, hasta que la poción mágica estuvo terminada.

La poción mágica estaba preparada, bullía íntimamente como si quisiera unirse prontamente con la tierra. Fue cargada en un tonel y colocada detrás del viejo tractor de Sélem. Lentamente, a medida que el tractor avanzaba, iba descargando su contenido en fina lluvia de oro hacia la Madre Tierra.

Más Listo Que El Hambre y los pocos gnomos que anteriormente estaban cerca del tonel que recogía las fuerzas de las estrellas fueron los primeros en recibir y notar sus efectos. Una algarabía extraordinaria se dejó ver enseguida. Los gnomos salían y entraban de la tierra en una danza desconocida para los humanos, seguida de cantos llenos de una inmensa alegría.

Estos cantos, como mensajeros de una promesa cumplida, llegaron a los demás gnomos que, aún indecisos y expectantes, lo observaban todo desde los límites del antiguo Valle Seco. Hasta que... no pudieron resistirse por más tiempo. ¡El que más corría era el jefe! ¡Para eso era el jefe, sí señor!

El jefe de los gnomos se introdujo en la tierra y acudió, lo más rápido que pudo, hasta situarse debajo mismo del tonel que esparcía el mágico líquido. Y lleno de la fina poción sintió, como sólo los gnomos sienten la tierra, que la tierra se abría y gritaba con todas sus fuerzas: “**¡VIDA!**”

“*¿Vida? –dijo el jefe de los gnomos– ¿Por qué?*”

Entonces miró al cielo y contempló el Universo a través de la fina lluvia, y sintió cómo una fuerza emanaba de su propio ser engrandeciéndolo, colmándolo de luz y de calor. Esa fuerza que emanaba de sí mismo estalló suave pero intensamente, gritando para que pudiera ser oída por todos: “**¡POR AMOR! ¡AQUELLO QUE HA SIDO MANCHADO UNA VEZ CON DESPRECIO DEBE LIMPIARSE TRES VECES CON AMOR! ¡HECHO ESTÁ!**”

Y el jefe de los gnomos estalló en júbilo, cantaba y bailaba alocadamente. Y así fue como todos los gnomos de Valle Florido pudieron oír y sentir el canto de amor del Universo, e inmediatamente se pusieron a acariciar las semillas del valle incitándolas a crecer vigorosa y ordenadamente.

Más Listo Que El Hambre

Tanto y tan bien trabajaron los gnomos que nunca se vio en ninguna parte plantas tan saludables como las de Valle Florido, en el que también había sitio para las hierbas silvestres y los animalitos que viven de las plantas. Solamente que para que el trabajo no fuera en balde se les indujo a que se desarrollaran de forma ordenada y en armonía, y esto os aseguro que no es difícil de hacer, pero a lo que no está dispuesta la Naturaleza es a que desaparezca lo que con tanta sabiduría ha creado.

Para los que queráis saber más de la poción mágica os diré que ha de ser esparcida tres veces en el mismo mes para que sea plenamente efectiva.

–“*Sélem* –me dijo Más Listo Que El Hambre a los pocos días– *ese libro que vas a escribir...*”

–“*¿Sí?*” –contesté.

–“*Debes mencionar a Karlik*”.

–“*¿Karlik? ¿Quién es Karlik?*”

–“*Tú no lo sabes todavía, pero es el ser de la Naturaleza que te impulsó a venir a Valle Seco, ahora Florido*”.

–“*¿Y qué digo?*” –pregunté curioso.

–“*Nada, tú sólo menciónalo tres veces para que sea plenamente efectivo*”.

–“*¡Hecho está!*”

FIN

De cómo los gnomos perciben los grandes secretos del Universo a través de las plantas según Más Listo Que El Hambre

“A lo largo del año, cuando las plantas que ha designado la Madre Naturaleza se marchitan y caen con sus hojas y flores a la amada tierra, nosotros, los gnomos todos, nos reclinamos dentro de ella como si de nuestro templo se tratara, esperando ansiosos la renovación de nuestro secreto anual del Universo. Profundamente reverentes, con todo nuestro ser dirigido hacia aquello que cae, acogemos en lo recóndito del corazón eso que la luz y calor sagrados, el aire y agua sagrados, han formado como planta fuera de la tierra: hoja, flor y fruto. Para nosotros esos elementos sagrados son los mensajeros de un Universo lleno de sabiduría.

Aunque a los hombres casi todo lo que cae de este modo les parece marchito y sin vida, desconocen que nosotros leemos en ello, como pura escritura viva cuya tinta es esa luz y calor, esa agua y ese aire, la obra y designios de la madre Naturaleza, hija predilecta del Universo. Nos hacemos partícipes de todos los secretos de la formación de las plantas en ese instante. Para los gnomos es nuestro libro sagrado y si algún año no sucediera así, lentamente nos veríamos abocados a la desesperación.

Esos secretos que acogemos en íntima veneración se convierten en nuestro máximo anhelo, y así inducimos a las semillas a que enraícen, somos los directores de ese concierto dentro de la amada tierra. Si esas raíces parecen actuar con inteligencia es porque nosotros somos sabios, ¡y mucho! Dirigimos sus movimientos y les ayudamos a absorber los distintos minerales para la construcción de la planta, y entonces, cuando parte de esa labor está hecha, en un arrebato de alegría, al igual que en su día las estimulamos a crecer hacia abajo, las dirigimos hacia arriba, a que tomen contacto de ese mar sagrado de aire y luz donde nosotros ya no actuamos. De esta manera, y de ahí nuestra felicidad, nos aseguramos la renovación del secreto anual del Universo, sin el cual no podríamos seguir viviendo.

De todo esto se podrá deducir la inmensa importancia de nuestro trabajo, pues toda casa que no tenga buena base acaba cayendo. De ahí también nuestra afinidad con el hombre, cimiento de la Tierra, pues como él, si bien de manera distinta, atesoramos en nosotros mismos secretos del Universo que nos sirven para trabajar en bien de la Tierra. Por ello esperamos con infinita paciencia a que al hombre le sean revelados dichos secretos, para trabajar juntos en aquello que nos es común en nuestros distintos destinos, como así sucede con mi querido Sélem y yo mismo”.

¡Dita sea! ¿He dicho querido? ¿Sí? ¡Bórralo, bórralo, bórralo...!